

## MI AMIGO CARLOS

Por Viajero

El avión de Iberia se posó en el aeropuerto El Prat de Barcelona a eso del mediodía.

Mi amigo Carlos inició entonces un largo rosario de preguntas al sobrecargo en su reprimido catalán enmudecido por años. Era un nudo de lenguaje y emociones que se desataban, en el que afloraban recuerdos de toda una vida en cinco minutos. No entendí nada de sus preguntas pero lo supe todo.

El eterno abrazo con Josep pareció recuperar los años perdidos entre hermanos, envolviendo recuerdos, amores y penas que iban más allá de las dos personas casi petrificadas en el salón de recepción del aeropuerto, detenido en el tiempo.

Roser nos esperaba en la ventana del cuarto piso del condominio en el Passatge de Nogués. No era un momento fugaz para ellos aunque yo era solo el notario del evento.

Los hijos de Carlos en Chile eran todos eximios músicos con los cuales habíamos disfrutado cumpleaños, matrimonios, graduaciones y largas tardes musicales. El canto, guitarra, charango, violín, viola y otros instrumentos eran la sal que le daba sabor a nuestra larga amistad.

Junto al vino blanco Monastrell y el pan tomaca fueron apareciendo los hijos de Josep. De pronto, en un delirio de emociones, se inició un canto, así solo, a capela, como un volcán que inicia su anuncio de vida interior, una explosión de alegría aunada por la música. Al igual que en Chile, también fueron apareciendo las guitarras, violines, teclados y clarinetes y el canto se unió a las butifarras, samfainas, esquixadas, profiterols, panellets de almendra y el brandy Torres. Esa tarde, el reloj del Passatge hizo un alto, la música inundó el entorno, los vecinos llegaron con presentes. Yo creía vivir una Torre de Babel en que todos nos entendíamos sin hablar, en las puertas del reino del amor.

Sin noción del tiempo y el cansancio del viaje nos retiramos con Carlos, tarde en la noche, de ese largo y emocionante día. Al llegar a un hostel cercano, le pregunté:

- Carlos, ¿cómo tuviste la fuerza y audacia, como sacerdote, para partir al fin del mundo, a un país desconocido, a una ciudad en medio del desierto, donde no conocías a nadie y que no podía igualar ni de lejos la cultura de tu familia y tu comunidad, y a las finales poder construir otra familia similar a la que podrías haber construido en Barcelona junto a los tuyos?. Me miró, suspiró, y me dijo:
- *Dios no te buscará por tus medallas y diplomas, sino por tus cicatrices.*

Carlos murió en Santiago de Chile. Levantó más de 4 iglesias en el norte de Chile, fundó dos parroquias en Antofagasta y Calama y enseñó el amor a Dios a cientos de estudiantes en la Universidad del Norte. Tocaba sus sardanas en el piano hasta el último día. Pidió dispensa al Vaticano y fundó su familia catalana en Chile. Sus hijos residen hoy en Estados Unidos, Inglaterra y España. Siguen siendo músicos y concertistas de afamadas orquestas sinfónicas. Los hermanos Carlos y Josep eran nietos del gran compositor español Enrique Granados.